

UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

Departament d'Antropologia, Filosofia i Treball Social.

**"Pragmatismo, Interaccionismo
simbólico y Trabajo Social.
De cómo la caridad y la filantropía se
hicieron científicas."**

Tesis presentada por Miguel Miranda Aranda
para optar al título de Doctor en Antropología Social y Cultural.

Director de la tesis: Dr. Josep M^a Comelles
Profesor catedrático de la Universidad Rovira y Virgili
Profesor del Departamento de Antropología Social y Filosofía.

Tarragona 2003

"De cómo la caridad y la filantropía se hicieron científicas.
Pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social".

Sumario

Introducción	9
1. Trabajo Social y Ciencias Sociales. Cien años de historia conflictiva	29
1.1. Disciplinas y profesiones.	29
1.2. Los orígenes de las Ciencias Sociales	32
1.3. Aplicar las Ciencias Sociales	34
1.4. La fundación del Trabajo Social como parte del mismo proyecto y con vocación de disciplina aplicada	37
1.5. La Antropología Social y Cultural y el Trabajo Social	43
1.6. El mundo de lo "Psi". La Psiquiatría, la Psicología y la Psicología Social ..	49
1.7. La Enfermería	60
2. Sobre los orígenes del Trabajo Social.	
2.1. De los orígenes de la "cuestión social"	69
2.2. El nacimiento del Trabajo Social en Gran Bretaña	83
3. El desarrollo del Trabajo Social en los Estados Unidos. El contexto del proceso de profesionalización	91
3.1. Hacia una nueva profesión.	103
3.2. El movimiento de la racionalización de la asistencia: <i>el State Boards of Charities</i>	107
3.3. Las COS, un antecedente imprescindible	109
3.4. Del voluntariado a la profesionalización. M. Richmond, la principal figura de las COS	117
3.5. Los " <i>Settlements houses</i> ", el otro movimiento imprescindible para entender el nacimiento del Trabajo Social	132
3.6. Jane Addams. Otra figura fundamental en la historia del Trabajo Social injustamente desconocida	161
3.7. Escuela, Publicaciones y Asociaciones. La institucionalización. El compromiso con la Ciencia. Las Publicaciones. El movimiento asociativo	172
4. Pragmatismo, Interaccionismo y Trabajo Social	199
4.1. Richmond y los de Chicago	202
4.2. Sobre el Pragmatismo y los pragmatistas	211
4.3. El Pragmatismo de Dewey y Mead	217

4.4. Mead y el Evolucionismo	237
4.5. Mead y Watson. Conductismo y Conductismo social	240
4.6. Mead y el Trabajo Social	246
4.7. Los procesos mentales y la mente	256
4.8. El self	259
4.9. "Mí" y "yo"	262
4.10. Comunicación, sociedad humana y democracia	265
4.11. Algunas críticas al pensamiento de Mead	275
5. La versión sociológica del Pragmatismo: la Escuela de Chicago	279
5.1. La ciudad como contexto	281
5.2. Influencias recibidas	285
5.3. Las figuras del Departamento y su relación con el Trabajo Social	290
5.4. Willian Isaac Thomas	297
5.5. Robert Park.	300
5.6. Las famosas monografías	305
5.6.1. The Hobo, de Nels Anderson. (1923)	308
5.6.2. The Gang de Frederic M. Trasher. (1927)	314
5.6.3. The Gueto de Louis Wirth (1928)	317
5.6.4. The Gold Coast and the Slam de Harvey W. Zorbaugh (1929)	321
5.6.5. The Taxi- Dance Hall, de Paul G. Cressey. (1932)	325
6. El Trabajo Social en Europa	
6.1. Europa: profesión sin disciplina	331
6.2. El Doctor René Sand	337
6.3. El caso de Francia y la disparidad de los perfiles profesionales	345
6.4. Bélgica	365
6.5. Alemania: La Doctora Alice Salomon. Una figura a rescatar del olvido ...	374
6.6. El "caso español". Un proceso marcado por el franquismo	390
7. Fuentes	411
8. Bibliografía	415

INTRODUCCIÓN.

Stanley Cohen (1988) es autor de un magnífico libro sobre el control social. En las páginas finales de su obra comienza el capítulo titulado *¿qué podemos hacer?* con unas reflexiones referidas a su propia trayectoria profesional: *"Llegué a la sociología por la vía del trabajo de asistente social.¹ Esto es, mi formación inicial y mi carrera estaban dedicadas al tema de ayudar a la gente. De varias formas, con viejos vagabundos sin casa, con familias que acudían a clínicas de orientación infantil, con adolescentes problemáticos en un club juvenil, con pacientes en un hospital psiquiátrico. Yo pensaba que estaba haciendo el bien. Y probablemente lo estaba haciendo. Sin embargo, con el tiempo, en el curso de estas contingencias biográficas que más tarde dignificamos con palabras tales como <convicción>, cambié de rumbo. Me pareció más interesante, más valioso políticamente, e incluso más útil, empezar a buscar las causas reales, los grandes temas. Así que me convertí en sociólogo"*. A continuación, Cohen se refiere a la obra de C.Wright Mills, la conversión de "problemas privados" en "cuestiones públicas", y a la parábola que un radical organizador comunitario americano, Saul Alinsky, solía contar y que se refiere a aquel sujeto que paseando por la ribera de un río observa cómo van bajando, arrastrados por el agua, diversos cuerpos y, ante tal desfile, un pescador, uno tras otro, una y otra vez, se lanza al río, extrae los cuerpos, los reanima y salva su vida. Pero llega un momento en que el pescador decide ignorar al último candidato a morir ahogado y empieza a correr, aguas arriba, para tratar de descubrir la causa del problema: quien y por qué estaba tirando al agua a tanta pobre gente.

Cohen plantea así, en muy pocas líneas, el gran tema de discusión que ha ocupado a los trabajadores sociales a lo largo del último siglo, es decir desde los albores de la disciplina hasta nuestros días. En la medida que no se haga nada respecto de las causas originales, *estaríamos rescatando cuerpos, poniendo parches a las situaciones*. Esta sería la gran acusación hacia al Trabajo Social como profesión y como disciplina que ha provocado no pocas dudas sobre la eficacia de la actividad diaria y nos ha tenido

¹ Existe cierta confusión en el uso de los términos "Asistencia social", "asistente social" y "Trabajo Social", "trabajador social". Los latinoamericanos e italianos utilizan también como sinónimo "Servicio Social". En España, y para marcar distancias con las épocas anteriores y con el asistencialismo se decidió optar por "Trabajo Social" para definir la profesión y la disciplina, y trabajador social para quien la ejerce coincidiendo con la denominación en inglés. El título oficial pasó a denominarse "Diplomado en Trabajo Social". Sin embargo, muchos usuarios prefieren seguir utilizando el término "asistente social", y algunos traductores también.

entretenidos intentando definir nuestra propia identidad profesional. La promesa de la Sociología, dice Cohen, residiría en llegar a la estructura, al poder, a la historia y a la política, es decir, al verdadero meollo de los problemas sociales. Los trabajadores sociales estarían condenados a ser poco más que sucesores de aquellos bienintencionados filántropos del XIX que, inspirados en las ideas religiosas y caritativas, trataban de ayudar a sobrellevar las *miserias de la vida* a los sectores más desfavorecidos casi siempre desde una perspectiva de intervención individualizada de modelo clínico (Castel et al., 1980:48; Romaní, 1999), construyendo su proceso de profesionalización sobre la base del modelo médico (Comelles, 1996)² y en lo que se refiere al caso español, continuadores del asistencialismo propio de la Sección femenina falangista o de las obras caritativas de la Iglesia Católica.

Poner parches al sistema era la crítica radical que los estudiantes de los 70 hacíamos a los contenidos de muchas asignaturas y sobre todo a las asignaturas prácticas. Renegábamos de los enfoques centrados en el individuo y en la familia y volvíamos nuestra ansiosa mirada hacia Latinoamérica, donde el Trabajo Social parecía ser algo diferente desde su epistemología hasta el compromiso con los sectores populares.³ No preguntarse por las causas de los problemas sociales era simplemente ser cómplice del sistema, una forma moderna de control social "alternativo" que diría Oriol Romaní⁴, un control "dulce", como lo han denominado otros autores, (Zamanillo, 1996:26) que no sería ni mucho menos, patrimonio exclusivo del Trabajo Social, sino que afectaría a todas las profesiones de ayuda, incluidas por supuesto las del mundo de lo "Psi" a las que se refiere R. Castel. Intervenir caso a caso -*casesocial worker*, se llamaban los colegas anglosajones- era, y muchos lo siguen manteniendo, aunque a mi parecer, de una forma bastante inapropiada, puro funcionalismo⁵. Las fundadoras⁶ de la

² Véase J.M^a Comelles. *Las profesiones y el Estado*. En J. Prat; A. Martínez. (Edit). 1996.

³ Llevados por esta admiración hacia lo que venía de Sudamérica, entre dos alumnos fuimos capaces de mecanografiar y reproducir con métodos muy artesanales (la fotocopia no se había inventado todavía) todas las Actas de unas Jornadas celebradas en Valencia que transpiraban marxismo y comunitarismo en todas sus conclusiones. ¡Aquello era otra cosa! ¡Tenía sentido ser Trabajador Social! Especial éxito entre los alumnos tuvo *Servicio Social para una nueva época* de E. Ander-Egg. (1972).

⁴ Véase Oriol Romaní. 1996. *Antropología de la marginación*. En J. Prat; A. Martínez. (Edit). 1996.

⁵ En ocasiones se confunde el denominado modelo funcional de la Escuela de Pennsylvania con el funcionalismo, ignorando por qué se denomina funcional y su inspiración en Otto Rank, y no en ningún psicólogo o sociólogo funcionalista.

⁶ En la literatura se observa que esta etiqueta se aplica sobre todo a M. Richmond. La obra y el papel de J. Addams es prácticamente desconocida en España. Si la etiqueta le afectase a ésta última la injusticia sería aún más manifiesta. Lo lamentable es que al hacer este tipo de afirmaciones se olvida el contexto de las ciencias médicas y médico-sociales del momento. Sin ir más lejos aquella afirmación del Director médico

disciplina, no serían más que humildes representantes de esta corriente de la Sociología norteamericana. No sé si el mismo anatema se ha utilizado alguna vez y con tanta insistencia hacia el fundador del Psicoanálisis y sus seguidores, sin ir más lejos. El mundo del Psicoanálisis, por encima de las fronteras, siempre ha conseguido mantener un halo de progresismo, de antisistema, de rompedor de tabúes, mientras que al Trabajo Social se le ha vinculado con la caridad, con la pobreza, con la desviación social, lo que sin duda resulta menos elegante que el mundo del inconsciente, sobre todo si el inconsciente en cuestión pertenece a alguien inteligente, que siempre huele bien, con capacidad de introspección, joven, y sobre todo, con capacidad de pagar un largo tratamiento.

De la etiqueta asistencialista quedaron a salvo en general, algunos autores latinoamericanos empeñados en reconceptualizar la disciplina desde su propia realidad aun a costa, en algunos casos, de enturbiar y de acudir a clasificaciones fáciles, pero erróneas, para entender lo que sucedía al norte de Río Grande, inventando así su propia historia y la de los demás. Lo que parece claro es que bajo la etiqueta de asistencialismo y funcionalismo se rechazó (no sólo en Latinoamérica) toda la tradición anglosajona. En el contexto de explotación económica, opresión política y dominación ideológica que durante décadas practicó el vecino del Norte este rechazo parece comprensible. El marxismo proporcionaba elementos de análisis y orientaba la intervención con mayor eficacia que ningún otro paradigma inclinando la balanza hacia lo comunitario⁷. En consecuencia, en el terreno del Trabajo Social, todo lo que suena a intervención individual se descartaba por inapropiado y políticamente incorrecto. Se rechaza el psicologismo del Trabajo Social norteamericano pero no el Psicoanálisis, lo que parece

del Movimiento de Higiene Mental, Dr. Salmon reclamando toda la atención para el individuo "para empezar, para acabar y durante todo el tiempo" como recuerda Castel. De la influencia del "diluvio psiquiátrico" en el Trabajo Social y en las Ciencias Sociales en general nos ocuparemos más adelante. Es lo que M. Richmond denomina "*rediscovery of the individual*". Una primacía de lo individual que afectó de manera decisiva al Trabajo Social, pero de la que en absoluto es responsable dada su posición de disciplina claramente subordinada en aquel momento.

⁷ De aquí a definir la profesión como agente de cambio y a reclamar que el método del Trabajo Social es el método dialéctico no hay ningún paso, lo que desde la propia ortodoxia marxista plantea algunos problemas porque el "sujeto del cambio" el protagonista de la revolución, no es precisamente el profesional. En ese contexto también se habló de una "Sociología de la liberación". Véase E. Ander-Egg. *El desafío de la reconceptualización*. (1984:24). También del mismo autor, editorial y año "Achaques y manías del Servicio Social Reconceptualizado". En cualquier caso, lo sucedido con el Trabajo Social y con las ciencias sociales en Latinoamérica a partir de los 60 es complejo y naturalmente tiene muchos matices algunos muy positivos y perfectamente lógicos y otros, vistos desde la comodidad de la distancia geográfica y una vez transcurridos unos cuantos años, más confusos pero perfectamente comprensibles en el contexto histórico.

paradójico teniendo en cuenta que fue precisamente el "diluvio psiquiátrico" y el Psicoanálisis, como parte fundamental de ese diluvio, lo que influyó de manera determinante en el Trabajo Social, pero no sólo en el Trabajo Social. Se estigmatiza la intervención individualizada y de paso, seguramente por desconocimiento, se echa también al cubo de la basura lo mejor de la tradición anglosajona, en la que como tendremos ocasión de probar están también presentes, desde el principio, vía Jane Addams y el movimiento de los *settlements houses*, pero también en M. Richmond y en las C.O.S., el debate teórico y la práctica de otros niveles de intervención -grupo y comunidad. Se reclama la necesidad de tener en cuenta la influencia de la ideología, pero no se hace un detenido examen de la ideología subyacente en los modelos que se critican porque la aplicación de la etiqueta evita el esfuerzo de tener que entrar en ese tipo de análisis.

En todo caso, lo que algunos tratadistas parecen desconocer es que no fue el funcionalismo la principal fuente de inspiración del Trabajo Social norteamericano, sino como vamos a explicar, otras corrientes vinculadas a la Escuela de Chicago y más tarde -sobre la década de los veinte-, precisamente el Psicoanálisis. Desde los años 20, especialmente, (Freud va a EE.UU. en 1909 y los efectos de su presencia no son inmediatos) con la Escuela de Trabajo Social de Nueva York, con Gordon Hamilton y Florence Hollis, la Escuela de Pennsylvania, con Virginia Robinson y Julia J. Taft, la Escuela de Chicago -esta vez de Trabajo Social- con Helen Harris Perlman, y todos los desarrollos de la intervención en crisis, con Lidia Rapaport, David Kaplan, y Naomi Golan en nuestros días, el Psicoanálisis se convierte en la columna vertebral de la disciplina (Roberts y Nee, 1970.; Du Ranquet, 1994.; Payne, 1995).

Esto es incontestable en lo que se refiere a los países anglosajones y para comprobarlo no hay que hacer más que consultar las bases bibliográficas y observar la constante producción en este terreno.⁸ De lo sucedido en otros países resulta difícil sustentar generalizaciones porque cada proceso fue distinto (Fabreau, 2000:27). En Alemania por ejemplo, se vincularon a la Pedagogía Social, en España el largo periodo de la dictadura impidió un desarrollo autónomo de la disciplina atenazada por vinculaciones políticas y religiosas y en un estado de práctica incomunicación con el exterior.

Algunos autores (VV.AA., 1997:94; Chopart, 1999:73), refiriéndose a lo sucedido en Francia, plantean que el Psicoanálisis después de haber cruzado el Atlántico de Este a Oeste, hizo el viaje de vuelta para alimentar una reflexión primero marginal y en el seno de pequeños grupos al margen de las instituciones. Se interrogan sobre el carácter conservador o revolucionario del Psicoanálisis concluyendo que habría que distinguir entre la práctica clínica y la ideología, y el contexto de su aplicación y su propia aplicación. Por lo demás, aseguran, la introducción del Psicoanálisis en el Trabajo Social *no presenta un peligro para la burguesía*. La razón aducida por estos autores es que el Psicoanálisis clásico incluye en "el principio de realidad" el conjunto de normas sociales recibidas que hay que ser capaz de reconocer, sobrepasando el principio de placer o al menos incorporándolo a una previsión racional. Por lo demás, para los medios reaccionarios o burocráticos cabría la esperanza de conseguir unas mejores relaciones humanas, de conseguir el *apaciguamiento social* en la industria y la superación de la agresividad por el *counseling* y el *case-work*.

De cualquier manera, afirma Malcolm Payne (1995:17), el Trabajo Social se construye socialmente y existen diferencias culturales y de contexto muy importantes. Como sucede en tantas otras disciplinas, gran parte de los antecedentes y de la literatura del Trabajo Social provienen de las culturas occidentales y en nuestro caso de las sistematizaciones realizadas fundamentalmente en EE.UU. y en Inglaterra. Según señala el mismo autor otras ideas no han tenido la fuerza suficiente para hacer sentir su influencia internacional. Desde luego no las españolas a la luz de lo que se observa en la literatura internacional y en "*Social Work Abstracts*".

Pero resulta necesario volver a la historia del pescador precisamente para hacer dichos propósitos más comprensibles. Esta historia tenía una trampa, dice Cohen: mientras corría aguas arriba a la búsqueda de las causas últimas del problema ¿quién iba a ayudar a esos pobres infelices que continuaban flotando río abajo? *En tanto que mi sociología me conduce río arriba, a las cuestiones públicas, mi pragmatismo me lleva a los cuerpos ahogados, a los problemas privados. Pero dejando de lado estas consideraciones pragmáticas, es una simple cuestión de integridad intelectual y de honestidad, clarificar las implicaciones políticas del análisis de los problemas sociales.*

⁸ Véase la base de datos "*Social Work Abstracts*", con más de 150.000 referencias.

(Cohen, 1988:346). Y concluye: *No sólo el activista bienintencionado, sino el intelectual observador (el hombre que miraba al pescador de Alinsky), deben estar interesados en los cuerpos que flotan río abajo.*

Pues bien, desde mi punto de vista, la utilización que Cohen hace de esta parábola tiene otra trampa: nos habla de dos personajes: el pescador que salva a la gente de morir ahogada y el observador que le ve actuar y le pide explicaciones cuando le ve correr a la búsqueda de las causas. El activista y el intelectual. Y el activista, cuando se pregunta por las causas lo hace a costa de dejar abandonados a su suerte aquellos cuerpos que siguen bajando por el río, mientras él encuentra respuestas. Como si el ejercicio del Trabajo Social implicase la renuncia a preguntarse sobre el por qué, como si el trabajar caso a caso, familia a familia, supusiese olvidar otras dimensiones grupales y colectivas. Por ahora me limito aquí a sugerir las premisas de las que partimos y que lógicamente tendremos que desarrollar.

Lo que trato de probar es que el Trabajo Social aparece como profesión a finales del XIX y primeras décadas del XX, precisamente como consecuencia de hacerse una serie de preguntas: *sobre el "por qué" de los problemas sociales, de la desigualdad social, de todo el caos o desorden que trae consigo la pobreza, sobre el cómo intervenir, sobre el desde donde intervenir.* Cabe aceptar que, como dice T. Zamanillo (Zamanillo; Gaitan, 1991:17) *el trabajo social es una forma de ayuda racionalizada para neutralizar los fenómenos de desorganización social, producto de situaciones de desigualdad,* pero no es menos cierto que en el proceso de profesionalización hay un periodo en el que lógicamente, el voluntario, por la propia dinámica de los acontecimientos, por los cambios tan profundos y acelerados de los que es testigo en primera línea, por el fracaso de los procedimientos de intervención tradicionales, y también por las propias necesidades de las organizaciones de ayuda a partir de la acumulación y transmisión de conocimientos metodológicos que venían acumulando y en los que algunos se especializan, necesita convertirse en técnico, transitar del voluntariado al profesionalismo. Y este tránsito lo hará de la mano de las incipientes Ciencias Sociales que nacen precisamente por los mismos motivos que el Trabajo Social.

La trampa de la parábola está precisamente en los diferentes papeles adjudicados a los dos personajes: el que saca a la gente del río y el intelectual-observador. Las cosas sucedieron de diferente manera. Resulta difícil estar de acuerdo, tras el examen de la bibliografía, con la afirmación que Salvador Giner hacía en 1968, en el I congreso de Asistentes sociales, en el sentido de que *el trabajo social surgió como solución práctica en pequeña escala a problemas limitados, aunque acuciantes, sin preocuparse demasiado por teorías e interpretaciones cuya generalidad las hacía aparentemente inútiles para su labor*. Fue el propio pescador-asistente social el que se planteó los interrogantes propios de una actitud científica y sin dejar de sacar candidatos al ahogamiento acudió a la Medicina, a la Psiquiatría, a la Psicología, a la Psicología Social, a la Sociología, al Psicoanálisis y sus variantes, al Conductismo, a la Pedagogía, a la Filosofía... y a partir de ahí a los diferentes paradigmas de los que ha podido aprender algo para ser más eficaz orientado por el pensamiento científico.⁹ En este sentido, se tratarán de demostrar los lazos que unieron a Jane Addams y a Mary Richmond con el Departamento de Sociología de Chicago, a la sazón, el primer Departamento de Sociología americano, en el que nació de la mano de Albion Small el *American Journal of Sociology*, la *American Sociological Society* y el primer manual de Sociología. Y lo que es más importante, un Departamento que mantuvo un predominio absoluto en el panorama de las Ciencias Sociales hasta la década de los 30, donde el giro hacia el Funcionalismo va a ser notable. Un Departamento en el que ejercían profesores como Park, Burgess, Thomas, Znaniecki... a los que Álvarez Uría (1995:18) acusaba de servirse para sus modélicas monografías del rico material de primera mano que habían recogido las Trabajadoras sociales, dato que ocultaban sencillamente por... machistas. La producción intelectual femenina estaba considerada como de segundo orden, y lo que al parecer interesaba a los historiadores oficiales era encumbrar a la representación masculina encabezada por Park. Mary Jo Deegan (1988) va a empezar a poner las cosas en su sitio. Daniel Breslau (1990:94), escribió un artículo titulado *La science, le sexisme et l'Ecole de Chicago*. Y aún sorprende más la afirmación de Macionis y Plummer¹⁰ en el sentido de que fue precisamente Jane

⁹ Otra cuestión es que sea cierta una actitud de cierto desprecio hacia la teoría como ha señalado recientemente David Howe en *Dando sentido a la práctica. Una introducción a la teoría del trabajo social*. 1999.

¹⁰ Véase John Macionis; Ken Plummer. 2000 "Sociología". p: 18: "*Jane Addams (1860-1935) fue una asistente social de gran prestigio debido a su activismo en favor de los inmigrantes. En 1889 Addams inauguró Hull House, un centro de acogida de inmigrantes localizado en un barrio humilde de Chicago. Allí organizó debates y círculos de discusión, centrados en los problemas sociales del momento y en los*

Addams, por lo demás Premio Nobel de la Paz, la verdadera fundadora de la Escuela de Chicago. A esta relación probablemente se refiere Álvarez Uría (1995:19), cuando afirma que "la institucionalización del Trabajo Social se operó en relación de contigüidad con el desarrollo de una Sociología universitaria de carácter reformista vertida a demarcar las zonas de diferenciación social de las grandes ciudades industriales." Porque el compromiso con la reforma social en Jane Addams no parece discutible. Cuando en 1910 fue presidenta de la *National Conference of Charities and Corrections* se refirió a la necesidad de reconocer la relación entre la pobreza y la moderna industrialización y explicó minuciosamente la necesidad de juntarse progresivamente los grupos de caridad y los "Radicales", en su interés común de mejorar las condiciones sociales. Era partidaria del compromiso político y de hecho fue militante y delegada para la nominación del presidente Roosevelt. Estamos ante el mismo reformismo y compromiso político que se advierte en las famosas monografías de la Escuela de Chicago. Este era el terreno común de aquellas trabajadoras sociales y aquellos profesores universitarios frequentadores del *Hull House*. Sobre las características concretas de este compromiso político habrá que profundizar en relación también con las perspectivas políticas de Mead y su concepto de Democracia y su manera de entender la vida política.

La tesis que plantea Robert Castel (Castel, Castel y Lovell, 1980:48), respecto a la profesionalización del Trabajo Social también apunta al afán racionalizador y científico. Escribe Françoise Castel:

"El desarrollo del *social work* tiene sus raíces en la tradición de la caridad y la filantropía. Teniendo en cuenta el contexto religioso norteamericano y el rechazo a considerar la pobreza un problema social y político, esta herencia explica la preponderancia permanente de las conductas paternalistas y moralizadoras. Sin embargo, a finales del siglo XIX y en los primeros años del XX aparece una nueva doble tendencia, a la profesionalización y a la politización.

La profesionalización es el resultado del esfuerzo de coordinación impuesto al ejercicio de las antiguas prácticas caritativas de las diversas *Charities Organisation Societies*. Mientras la asistencia pública permanece centrada principalmente sobre el sistema de las *almshouses*¹¹, las asociaciones

que participaban tanto intelectuales como los mismos inmigrantes. En 1931 Addams ganó el Premio Nobel de la Paz por su lucha por el bienestar de las personas. Recientemente, además, se ha venido sugiriendo que Addams fue la verdadera fundadora de la Escuela de Chicago, que es parte fundamental en la historia y desarrollo de la Sociología". Por si esta última afirmación fuera poco sugerente, algunos autores la sitúan entre los padres de la propia disciplina, junto a Comte, Spencer, Durkheim o Weber. (ver: <http://www.pscw.uva.nl/sociosite/TOPICS/Sociologists.html>). (11 de junio, 2003).

¹¹ "Una *almshouse* es un establecimiento donde son amontonados los indigentes, los ciegos, los discapacitados, los viejos, los huérfanos, los niños abandonados. Algunos habían sido abiertos en la época colonial en las grandes ciudades de la costa Este. Pero ellos aparecían bruscamente, en los años 1820, como la nueva fórmula susceptible de procurar la solución moderna y progresista al problema de la

privadas de inspiración religiosa que gestionan la parte más importante de la asistencia domiciliaria empiezan a reagruparse y a racionalizar sus procedimientos de intervención. Esta tendencia a la <caridad científica> (scientific charity) pone en un primer plano la investigación sobre nuevas técnicas de evaluación de los pobres. Tal como dice uno de los promotores del movimiento: <la ley fundamental de su funcionamiento se reduce a una sola palabra: examínelo (*investigate*). Su divisa es: ninguna ayuda (exceptuados los casos graves) de desesperación o de riesgo mortal inminente sin un examen previo y profundo.> El *case work* es la técnica que corresponde a dicha exigencia: la atribución de las ayudas dependerá de una cuidadosa investigación del <caso> asistido. Sin embargo, ello supone la existencia de un personal competente, capaz de aplicar tales técnicas." (Castel, F. et al., 1980:48 y ss.).

La caridad pues se hace científica. Del voluntariado altruista, inspirado en ideas religiosas y filantrópicas al profesional. De la buena voluntad y el conocimiento ordinario al rigor metodológico y al conocimiento científico. ¿Dónde estaba ese conocimiento científico? Evidentemente en las incipientes Ciencias Sociales que también están formalizándose como disciplinas y a esas fuentes -a las más importantes del momento- acuden a beber las trabajadoras sociales que jugaron un papel más importante en este tránsito a la profesionalización.

En esta ocasión, Castel nos habla de las *Charities Organisation Societies*, en adelante COS, pero no se refiere al *Settlement House Movement* de tanta importancia como la otra organización citada y con figuras tan importantes como Addams. Sin embargo, en otro lugar sí se refiere a este Movimiento y lo hace en estos términos:

"Pero decir profesionalización es decir la existencia de un cuerpo preciso, transmisible y acumulativo, de conocimientos que fundamente "científicamente" la pretensión de la nueva especialidad para hacerse reconocer. Es aquí donde la "nueva psicología" va a imponerse en el lugar de las viejas interpretaciones religiosas y morales. A decir verdad, las cosas no pasan tan automáticamente. A pesar del contexto ideológico dominante, un cierto número de practicantes de la asistencia no habían podido pasar una gran parte de su existencia en medio de los indigentes sin al menos recelar por el hecho de encontrarse lejos de ellos en sus condiciones de vida. Semejante toma de conciencia comienza a aparecer al final del siglo XIX y sobre todo en la primera década del siglo XX. Esta toma de conciencia la hace principalmente un grupo rival de las Sociedades de las *Charities Organization Societies*, el *Settlement House Movement*. Se trata de gente joven de las clases medias, inspiradas también por motivos religiosos, pero que deciden instalarse en el corazón de las zonas urbanas más desfavorecidas para compartir la vida de los pobres y ayudarles a transformarla. De esta manera son más conscientes de las condiciones materiales de la cultura de la pobreza: hábitat, higiene, paro, etc. Condiciones generales y colectivas de una opresión y no solamente dimensiones individuales y psicológicas de una desgracia. Como dice uno de sus portavoces, ellos se proponen "ayudar a resolver los problemas sociales e individuales que son engendrados por las condiciones de la vida moderna". No es ciertamente por azar

indigencia. Y la fórmula es inmediatamente aplicada a gran escala: desde la mitad del siglo XIX, las *almshouses* representan la organización dominante del sistema de socorro, al menos en los Estados "avanzados" de la costa Este. Ellos administran las dos terceras partes de los fondos dedicadas a los pobres, con la consecuencia de una reducción masiva de los socorros a domicilio. Desde 1835, 51 de los 55 comités del Estado de Nueva York cuentan al menos con una *almshouse*. Ellas son 83 solamente en el Estado de Massachussetts, 180 en 1840 y 219 en 1860. Todos los reformadores sociales cantan los méritos de la nueva organización, solución definitiva al problema de la pobreza. David Rothman resume así este movimiento: *Hacia 1860 el tratamiento de la pobreza se ha vuelto sinónimo de la institucionalización en una almshouse.*" (Castel, 1978:52).

que entre los líderes de este movimiento se encuentren los primeros militantes blancos por la integración racial, así como numerosos (y numerosas) feministas y pacifistas." (Castel, 1978:52).

La relación de este movimiento con los medios intelectuales y universitarios de la Costa Este inspiraron un nuevo tipo de encuestas sociales, de las que *la Pittsburg Survey* dirigida por Paul Kellog es el ejemplo más conocido. En seis años, refiere Castel, aparecieron seis volúmenes que analizaban las condiciones de la miseria en esta región industrial, los bajos salarios, las malas condiciones del hábitat, accidentes de trabajo, falta de higiene...

Tendremos pues que describir los *Settlements Houses* y en concreto su sede en Chicago para ver lo novedoso de sus planteamientos. ¿Está claro que estas experiencias también están con el mismo derecho en la historia de la profesión y la disciplina del Trabajo Social y que esto no tiene que ver nada con el funcionalismo? Hay que resaltar que el plantearse modelos de intervención alternativos a los *almshouses* no deja de ser un mérito de estas organizaciones y por otro lado, y más importante, mantener en aquel contexto sociopolítico un discurso antiracista, acogedor de los emigrantes, sufragista, y por último pacifista no parece que resultara fácil ni cómodo.¹²

Cuando intento transmitir a mis alumnos como era la situación política durante las primeras décadas del siglo XX en los EE.UU., suelo acudir a la película de Giuliano Montaldo titulada *Sacco e Vanzetti*, aquellos dos emigrantes italianos injustamente ejecutados, víctimas de un sistema económico, político, policial y judicial, corrupto y temeroso frente a los emigrantes que, como Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, acudían al nuevo mundo con su hambre a cuestas y con sus manos para trabajar, pero que además eran portadores de estilos de vida extraños al americano y sobre todo portadores de ideologías extranjeras y extremadamente peligrosas como el socialismo, el anarquismo, o simplemente ideas sindicales. *Sacco & Vanzetti. El enemigo Extranjero* ha titulado su libro Helmut Ortner (1999).

¹² Entre 1900 y 1930 la población pasó de 76.000.000 a 123.000.000, es decir, el número de residentes en los EE.UU aumentó en 47 millones aproximadamente. Entre 1900 y 1910 hubo un apogeo de casi 8,8 millones de emigrantes que llegaron a EE.UU. Los italianos en 1900 eran 727.844 y en 1920 estaban censados 3.336.941. Los de origen ruso y Austro-húngaro pasaron de ser 2.069.865 a 8.408.088. (Cohen, 1958:83-84). Según Michael Reisch en 1910 uno de cada tres habitantes de las ocho más grandes ciudades de la nación había nacido en el extranjero. En Nueva York y en Chicago las familias inmigrantes reunían el 50% de la población. En muy pocas décadas la densidad de población en Nueva York se incrementó en un 400 %.

En esta introducción debo referirme a continuación, brevemente, a la obra de Mary Richmond para apoyar y hacer comprensible el objeto de la investigación. Sus palabras admiten pocas interpretaciones:

"El profesor George H. Mead, de la Universidad de Chicago, va más lejos todavía cuando afirma que la sociedad no es solamente el medio por el cual se desarrolla la personalidad, sino también la fuente y el origen de ésta. Desgraciadamente, ha publicado poco y su obra no es accesible al gran público.

Se ha designado a veces bajo el nombre de "teoría del yo ampliado" esta explicación de la vida y del desarrollo mental del hombre. Es una de las piedras angulares del servicio social de casos individuales." (Richmond, 1982: 87).¹³

En las conclusiones de *What is social case Work*, Mary Richmond ofrece un pequeño resumen de "las piedras angulares de la filosofía" en la que sustenta su propuesta de *social case work* y donde creemos que aparecen perfectamente reflejadas algunas tesis interaccionistas. En este resumen elabora tres conclusiones. En la primera afirma:

"Los seres humanos son interdependientes. Existe una unidad espiritual en torno a esta concepción que significa mucho para aquellos que han comprendido todo su significado e intentan vivir según éste." (Richmond, 1982:171 y ss.).

A continuación cita al profesor MacIver:

"<La sociedad resulta mejor ordenada cuanto mejor promueve la personalidad de sus miembros>. Lo contrario también es verdad. Logramos personalidad por medio de relaciones adecuadas con la sociedad, y no de ningún otro modo. El arte del trabajo social de casos es el arte de descubrir y asegurar al individuo las mejores relaciones sociales posibles."

La segunda conclusión:

"Los seres humanos son diferentes. Un programa social auténticamente democrático iguala las oportunidades mediante una acción de masas inteligente, y proporciona medios para una política administrativa que efectúe acciones diferentes para -y con- personas diferentes."

La tercera y última:

"Los seres humanos no son animales dependientes y domésticos. Este hecho de la diferencia del hombre con otros animales establece la necesidad de su participación en la realización y ejecución de los planes para su bienestar. Los individuos tienen voluntad y propósitos propios y no están dotados para jugar un papel pasivo en el mundo: se deterioran cuando lo hacen (...)."

Y concluye:

"Todas las partes (del Trabajo Social) están al servicio de la personalidad, pero en formas diferentes. El trabajo de casos le presta su servicio mediante la realización de mejorar en la adaptación entre los individuos y su entorno social; el trabajo de grupos sirve a la personalidad al tratarse las personas cara a cara unas con otras, y no ya de una en una; la acción social le presta servicio al hacer progresar a las masas mediante la propaganda y la legislación social; y la investigación social sirve a la personalidad por medio de la realización de descubrimientos originales y de la reinterpretación de datos conocidos para el

¹³ Véase M. Richmond, 1982. "Caso social individual". El original es de 1922. *What is social case work?*

uso de estas otras formas de trabajo social (...). Por último, la mayor prueba a que se puede someter el trabajo social de casos es el desarrollo de la personalidad. ¿Está cambiando la personalidad de su cliente - y si lo hace- está cambiando en la dirección adecuada? (...)."

En la misma publicación de 1922 ya cita la obra de Park y Burgess *Introduction to the Science of Sociology*, y en *Social Diagnosis* refiere que, en una fecha anterior a 1914 estuvo haciendo cursos en varios lugares, uno de ellos en la Chicago, concretamente en la *Chicago School of Civics and Philanthropy and of the Boston School for Social Workers*. (Richmond. 1917:10).

En el prólogo de *Caso social individual*, Kisnerman escribe:

"Hacia 1893, advirtiendo la carencia de materiales didácticos para elevar el nivel de conocimientos de las "visitadoras", comenzó a estudiar la Sociología y Filosofía entonces en boga, especialmente la obra de William James y John Dewey, pragmáticos receptores del positivismo de Herbert Spencer. Conoció a George H. Mead, con quien inicia una sólida amistad que incidirá en la obra de ambos. Por él se introduce en la Psicología Social y en la dinámica de la vida de los grupos y toma contacto con la obra de Freud y los antropólogos culturalistas del momento."(Kisnerman, 1982:4).

Pretendo demostrar que la influencia de las ideas de George H. Mead es incontestable, especialmente en su obra de madurez, que es la de 1922, puesto que *Social Diagnosis* es más un tratado de metodología que otra cosa, como se puede comprobar con la simple lectura de su índice. En M. Richmond cuando se habla de individuo se habla de personalidad y entiende este concepto a la manera interaccionista. No propone un trabajo con el individuo descontextualizándolo, sino todo lo contrario. Conoce las teorías sobre grupos, cita en muchas ocasiones a MacIver y su libro sobre la comunidad, dejándose influir con sus propuestas¹⁴.

Desde estas perspectivas parece evidente la poca fundamentación de las acusaciones de funcionalismo, asistencialismo, etc., a las que nos referíamos al comienzo de este trabajo. Por el contrario, ya lo hemos señalado anteriormente, en los comienzos de la disciplina nos podemos encontrar con trabajadoras sociales pioneras en

¹⁴ Véase Ann Greer (Editor) 1971. *Some next steps in social Treatment. The long view*. Comienza con un prólogo de Robert W. Robert e incluye una primera parte dedicada a artículos elaborados en sus años denominados "preprofesionales" 1861-1889. En la segunda parte se ofrecen artículos inéditos de su etapa en Baltimore en los que trata temas en general relacionados con el paso a la profesionalización. La tercera parte incluye los artículos elaborados hasta 1909, en Filadelfia; la cuarta (Nueva York, 1909-1917) comienza con un artículo dedicado a la interrelación de los Movimientos sociales y otros varios en los que ya se utiliza la denominación *Case Worker* y *Social Case Worker* y la quinta y última (Nueva York, 1917-1928) comienza con dos artículos relacionados con la situación creada por la Guerra mundial e incluye entre otros, el artículo que da título al volumen *The Long View* y otro aclaratorio sobre el termino *Social Case Worker*.

las principales batallas que se libraban en la época y manteniendo un discurso que hoy sería etiquetado como políticamente incorrecto. A saber: 1.- La lucha contra el racismo. 2.- La acogida a los emigrantes prestándoles ayuda y reclamando medidas de integración. 3.- La presencia en el movimiento sufragista. 4.- La lucha pacifista en el contexto de la primera guerra mundial.

En consecuencia, definiendo que la desacreditación y el etiquetamiento como asistencialista y funcionalista de las primeras generaciones de trabajadoras sociales que contribuyeron a fundamentar la disciplina y la profesión, no se sostiene. Por el contrario formaron parte de los sectores más comprometidos con el cambio social. Y esto desde el movimiento de los *Settlements Houses* como desde las C.O.S.

Concluyendo. En cualquier caso pues, se puede afirmar en relación con la parábola de Alinski que el pescador se hizo pensador. Y puestos a buscar se encontró con el Pragmatismo de la Escuela de Chicago cuyo interés básico era el impacto de la emergencia del método científico (Cohen, 1958:60) y con las preocupaciones investigadoras de los profesores de esta Escuela, y con G.H. Mead y su propuesta de Conductismo social. Y como una esponja se empapó de sus enseñanzas que pasaron a ser "una de las piedras angulares" de su propia identidad. Por eso, lo que trato de confirmar en este trabajo puede sintetizarse como sigue:

1º En el proceso de profesionalización del Trabajo Social, en la creación de la disciplina, el contexto histórico, sociopolítico, ideológico, de desarrollo científico, de los EE.UU. de finales del XIX y principios del XX, fue determinante a través de la obra de Mary Richmond y las C.O.S. y Jane Addams y los *Settlement Houses*. Se trata de dos figuras sin las cuales no se puede entender la Historia del Trabajo Social, el nacimiento de la disciplina y la base teórica con la que la nueva disciplina/profesión se extendió por el mundo occidental. Especialmente la obra de M. Richmond sirvió para estructurar la disciplina, como veremos, sobre todo es sus aspectos metodológicos porque no podemos encontrar en ella mucha teoría social propia pero sí una gran riqueza de referencias a los principales teóricos que desde diferentes disciplinas aportaban elementos que ella consideraba útiles para el Trabajo Social.

2º En ambos casos, la influencia teórica del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago es fundamental. En Jane Addams la relación fue tan íntima como que puede haber sido la auténtica fundadora de la famosa Escuela de Chicago y sólo los prejuicios de género propios de la época impidieron un reconocimiento que en los últimos años se le empieza a conceder. La misma M. Richmond reconoce esta influencia. De algunas teorías de G.H. Mead dice que constituyen una de las piedras angulares del Trabajo Social individualizado. Cita a Park y a Burgess y reconoce su deuda con este Departamento. Su definición del objeto de la disciplina, el uso del concepto de "personalidad", la denominación de *social-casework* no serían comprensibles sin el diálogo con los chicaguenses.

3º El interés por el método científico (la caridad se hizo científica), por el empirismo, por la reforma social (incluido un horizonte utópico de "hermandad universal"), por una forma de entender la vida democrática, por la importancia de la Pedagogía como forma de mejorar la vida social y modificar actitudes, por el estudio del escenario urbano, por las perspectivas micro y las técnicas cualitativas... se desarrolla en diálogo con los profesores de la Escuela de Chicago.

4º El Pragmatismo y el Interaccionismo simbólico proporcionan una base filosófica y teórica que va a sustentar la disciplina y que sólo pasará a segundo plano, pero sin desaparecer,¹⁵ por la llegada del "diluvio psiquiátrico" y específicamente del Psicoanálisis, sobre todo a partir de los años veinte. En el debate del Siglo XIX sobre Individuo - Sociedad, en el que tendremos que profundizar, la obra de Mead ofrece una síntesis que resuelve un problema fundamental del Trabajo Social: la etiología personal, individual o social del malestar social a partir de conceptos como "*mind*" o "*self*" y la relación entre la mente individual y la sociedad. Que se dieran estas influencias teóricas parece lógico si tenemos en cuenta que la Escuela de Chicago constituye el principal foco intelectual que va a dominar las ciencias sociales en EE.UU. hasta los años treinta. Las fuentes de las que se alimenta el Trabajo Social en el momento clave de la profesionalización son el Pragmatismo de W. James, Dewey, Mead y las perspectivas interaccionistas y no el Darwinismo (y menos el Darwinismo social a riesgo de caer en

¹⁵ La primera página del libro de Gordon Hamilton, una de las más notables representantes del modelo psicosocial desarrollado en la Escuela de Nueva York, absolutamente inspirado en el Psicoanálisis más ortodoxo, así lo demuestra sin ningún género de dudas.

la esquizofrenia) ni tampoco el Psicoanálisis, que va a llegar arrasando un poco después "psicologizándolo", como afirma R. Castel.

5° En Europa no se producen aportaciones importantes en el proceso de creación de la disciplina por más que la profesión se extendiera rápidamente en las primeras décadas del siglo XX en los diferentes países, eso sí, en cada caso con sus características peculiares. En Inglaterra encontramos los comienzos de los principales movimientos que van a dar origen al Trabajo Social: las COS y los *Settlements houses*, pero en Estados Unidos donde estos movimientos se van a secularizar intentando responder más adecuadamente a las nuevas condiciones sociales. Y es en ellos donde se va a ir acumulando un conjunto de conocimientos transmisibles imprescindibles para la aparición de una nueva disciplina. Ese conjunto de conocimientos serán transmitidos posteriormente a Europa y a otras partes del mundo, e incorporados como propios. Seguramente sin pretenderlo, el Trabajo Social norteamericano se convirtió un modelo hegemónico que en lo sustancial, convirtió al resto en subordinados. Esta afirmación con algunas excepciones, sigue siendo válida un siglo después, por más que sea evidente que en cada país el proceso de profesionalización haya sido diferente y mantenga sus propios rasgos de identidad así como muy distintos niveles de reconocimiento social y profesional.

Mi interés por el tema responde al agradecimiento hacia una disciplina y una profesión que ejerzo desde hace más de dos décadas y que tanto en mi etapa de ejercicio asistencial, de atención directa, como en la académica, me ha hecho feliz, me ha proporcionado la posibilidad de trabajar en lo que me gusta y de ganarme la vida con ello. Intentar ayudar a la gente, como dice Cohen, incluyendo lo psicosocial en la atención a la salud mental (cada vez más escorada hacia la biomedicina y el neokraepelinismo¹⁶), trabajar con los enfermos y sus familias, acompañarles en sus intentos de organizarse como grupos de presión, reclamar a los poderes públicos más y más recursos para los grandes olvidados, ha sido una actividad dura en muchas

¹⁶ La producción de la Antropología de la Medicina española es todavía muy poco conocida entre los profesionales de la salud mental y específicamente entre los trabajadores sociales, que como profesionales de lo social en el escenario biomédico son los primeros interesados en incorporar este tipo de planteamientos, aunque sólo fuera para reforzar su posición y legitimarla, en el corazón del equipo de salud. Véase A. Martínez, 1998 *¿Has visto cómo llora un cerezo? Pasos hacia una Antropología de la Esquizofrenia* 2000. Véase *Anatomía de una ilusión. El DSM-IV y la biologización de la cultura*. En E. Perdiguer y J.M. Comelles. *Medicina y Cultura. Estudios entre la antropología y la medicina*. 2001.

ocasiones pero siempre gratificante. Nunca tuve dudas, a diferencia de Cohen, respecto a la utilidad de mis actividades profesionales y no profesionales, puesto que asumí durante años responsabilidades y actividades que estaban mucho más allá de mi trabajo en el hospital. Durante bastante tiempo simultanéé la militancia sindical con la militancia en el terreno de la salud mental, inclinándome durante unos años, sobre todo por ésta última. *"Nosotros militamos en un partido: el de los locos"* declaramos un 14 de abril en una comparecencia en las Cortes de Aragón, mientras los diputados se miraban unos a otros diciéndose " *en el mío, no*", "*en el mío tampoco*". No es que hubiera un partido de locos, simplemente habíamos asumido la defensa de quienes siguen siendo en gran parte los olvidados salvo para el estigma, el etiquetamiento y la marginación, y en consecuencia reclamábamos mejoras en la red asistencial, más recursos intermedios, una humanización de la asistencia... Algunos pasos se han dado últimamente en esta dirección.

La fuerte dinámica de un Departamento universitario me arrastró, involucrándome desde el principio en proyectos de investigación, en actividades docentes con alumnos de Medicina, en la organización de Seminarios, Jornadas, Congresos... Escuché una vez a un profesor universitario recordar a algún desmemoriado que todos debemos a alguien lo que somos, más allá de nuestros propios méritos que pueden ser o no reconocidos. En el Departamento de Psiquiatría del Hospital Clínico Universitario de Zaragoza encontré a los que habían de ser mis maestros, sin los cuales no habría tenido nunca clara ni mi propia identidad profesional como trabajador social, dada la exigua formación que en aquellos años -los primeros de los setenta- se nos proporcionaba en las Escuelas de Trabajo Social y la escasa bibliografía disponible. De entre todos los psiquiatras del Departamento hubo quien en la lección magistral, en sus cursos y seminarios, en las sesiones clínicas, en sus textos ("El asistente social es el portador de la dimensión social de la enfermedad", decía el Prof. Seva en su manual *Psiquiatría Clínica*), y en el día a día, en el trabajo clínico diario, me fueron modelando como profesional, encontrando incluso el supervisor que no había tenido. Un supervisor formado además en contacto con *el "clinical social work"* norteamericano. En fin, un lujo. Hacia Antonio Seva, Jefe del Departamento, y hacia Antonio Lobo, Jefe de Servicio, no tengo pues más que sentimientos de agradecimiento, amistad y lealtad.

Por lo demás un Departamento con varios Servicios, en el que trabajan enfermeros, médicos, auxiliares y celadores tremendamente expertos, formando en ocasiones auténticos equipos de trabajo -con lo difícil que es esto-, era un lugar de auténtico aprendizaje para quien estaba dispuesto a aprender y en el que la debida "distancia profesional" se simultaneaba con una genuina preocupación por el enfermo que siempre tenía nombres y apellidos (a diferencia del resto del hospital en donde habitualmente se les denomina por el número de habitación y cama) y por el que siempre, aun en los momentos más delirantes, sentíamos todo respeto y consideración.

Fueron unos años de recuerdos gratos y amigos entrañables. Por eso nunca acabé de irme. No tuve cena de despedida -como era habitual cuando alguien se trasladaba- porque nunca quise cortar mi cordón umbilical con el Departamento del que salí sólo por la implacable decisión de un ordenador del Ministerio de la Presidencia que una y otra vez negó mi compatibilidad y la vinculación de mi plaza asistencial con la docente. Pero sí tuve "cena homenaje", y bien concurrida, cuando en 1991 obtuve la plaza de profesor titular. Allí estaban fundamentalmente mis amigos de Psiquiatría. Porque no hubo ruptura, sino continuidad. Gracias al curriculum construido durante mi paso por el Departamento de Psiquiatría, y las habilidades aprendidas, me fue posible acceder a la Universidad e iniciar otra actividad: la docencia, aun a costa de dejar, no sin pesar, la actividad asistencial.

Dar clases te obliga a perfilar y sustentar tus conocimientos, a aclarar tus propias ideas si no quieres transmitir confusión. Preparar programas, temas, bibliografía, clases con dos grupos de más de cien alumnos cada uno...; un nuevo oficio que aprender que exige su tiempo e impone sus ritmos. La actividad académica -si no ha llegado aun el momento en que todo da igual- exige algunas obligaciones: innovar, mejorar clases y programas, dominar nuevas fuentes de información, escribir intentando aportar algo. Así, en cuanto fue posible, comenzamos (lo digo en plural porque fuimos dos) nuestro peregrinaje hacia el mar: 150.000 kilómetros, - Zaragoza – Tarragona - Zaragoza -, a la búsqueda de un nuevo saber, una licenciatura y una nueva identidad profesional. Tres años para ser antropólogos, tres más para los cursos de doctorado y el Máster en Antropología de la Medicina.

Con suerte otra vez, porque tampoco hubo ruptura entre las dos identidades. La Antropología, entre otras múltiples utilidades, sirve para ser mejor Trabajador Social. No hay tanta distancia. Si hacemos caso del consejo de M. Richmond y hacemos como ella misma, la Antropología es una de esas disciplinas más cercanas y propensas al diálogo con una disciplina aplicada como es el Trabajo Social. Ella encontró a los antropólogos culturalistas del momento, yo a la Escuela de Tarragona en la que también encontré magníficos maestros hacia los que me unen los mismos sentimientos de amistad y lealtad.

A lo largo de las diferentes asignaturas fue haciendo acto de presencia la Escuela de Chicago y los chicaguenses, con sus monografías, sus opciones y enfoques teóricos. Aparecían constantemente referencias de la Escuela original o a sus múltiples desarrollos posteriores. Empecé a intuir que aquello algo tenía que ver con el Trabajo Social. Determinados enfoques me eran muy familiares, y empecé a buscar, a leer, a comprar libros y a importar libros y artículos desde el mismo Chicago, a establecer contactos con colegas de las actuales Escuelas de Trabajo Social de Chicago, pedir consejos, confirmar intuiciones, reclamar bibliografía a expertos, contrastar el proyecto con profesores, colegas y compañeros, y a reflexionar, a relacionar y a empezar a escribir.

Estas fueron las motivaciones personales para iniciar este trabajo de investigación. La Escuela de Chicago parece ponerse otra vez de moda, aunque nunca dejó de estarlo gracias a algunos de sus productos o herederos (Iowa, Goffman, la etnometodología, el constructivismo...) por más que la oleada funcionalista intentara relegarle por cierta incorrección política. Se trata de una Escuela que tuvo mucho que ver con la formalización del Trabajo Social como disciplina y como profesión. Fue una fuente a la que acudieron a beber las primeras y más importantes figuras del Trabajo Social. Este trabajo trata de aclarar las características de aquella ingesta y de sus consecuencias, y de paso, contribuir a, conociéndonos mejor, perfilar mejor la identidad de una profesión que en gran parte se desconoce así misma, incluso en ocasiones desprecia altivamente la profundización teórica (Howe, 1998), como si para lo que hace tuviera ya el bagaje necesario, al mismo tiempo que reclama a la Universidad española la creación de un segundo ciclo como una necesidad imprescindible. Paradójico.

Sin embargo, el Trabajo Social existe y se extiende (Payne, 1995) y parece responder a algunas necesidades sociales¹⁷ porque si no, hubiese desaparecido. Unas necesidades en una sociedad cada vez más compleja y más rápidamente cambiante que obliga, quiérase o no, a aquel pescador de la parábola de Alinsky a, sin dejar de tratar de sacar a la gente del agua, correr río arriba para tratar de averiguar quien sigue tirando la gente al río, por qué la tira, y sobre todo cómo evitarlo. Estoy convencido de que la Antropología sí que tiene algunas respuestas y algunas de ellas empezaron a gestarse en Chicago a principios de siglo.

No puedo acabar sin mostrar mi agradecimiento a quien me ayudó a desarrollar el trabajo. En primer lugar a su Director, el Prof. Comelles. Sin sus orientaciones constantes, sus correcciones, y su apoyo, estoy seguro que el interés de estas páginas sería mucho menor. Quien lo conoce sabe de que presume de su buena biblioteca. Yo puedo atestiguar que además la tiene fichada en su cabeza y que cualquier pregunta, y ya no digo una conversación, supone varias sugerencias bibliográficas y un mes más de trabajo. Soy consciente de haber disfrutado de su magisterio y de contar con el privilegio de su amistad por lo que resulta obligado manifestarle mi agradecimiento y mi lealtad. Sería injusto si no hiciera extensivos estos sentimientos hacia quienes fueron mis profesores en la Rovira y Virgili, sin excepción. En mi rol de alumno descubrí que en muchas ocasiones no se sabe apreciar -y disfrutar- la categoría profesional de todos y de cada uno de los profesores que tuvimos la suerte de tener. En la última etapa de doctorado Oriol Romaní y Angel Martínez, abusando de su confianza y también de su amistad, soportaron también mis disquisiciones y mis dudas cuando planeaba este trabajo. Igualmente fue un lujo contar también con varias horas de conversación en exclusiva con el Prof. Eduardo Menéndez; tuvo la amabilidad de leerse mi proyecto y de hacerme sugerencias. El Prof. E. Perdiguero, profesor también de algún curso de doctorado tuvo la amabilidad de discutir algunos aspectos y darme consejos que he procurado seguir. Como se verá a lo largo del trabajo el apoyo del Prof. Álvarez Uría y de Ignacio Sánchez de la Yncera fue determinante para la elaboración de ciertos capítulos que dada su dificultad y mi inexperiencia en algunos terrenos me planteaban más dificultades. El Prof. Miguel Angel Ruiz Carnicer, del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Zaragoza tuvo la amabilidad de compartir mis

¹⁷ Me refiero a la afirmación de Struch y Güell en *Sociología de una profesión: los asistentes sociales*, que en su momento comentaremos más detenidamente.

inquietudes y asesorarme ahorrándome sin duda semanas de trabajo. Para la elaboración de algunas páginas resultaba necesario consultar documentos y trabajos que estaban publicados en alemán; sin la ayuda del Prof. Gomáriz y sus traducciones la tarea hubiera sido más complicada. Como resulta obvio decir, ningún trabajo personal se entiende sin tener en cuenta el contexto. En mi caso, algunas compañeras del Área de Trabajo Social y Servicios Sociales han compartido conmigo intuiciones y búsquedas; concretamente citaré a Dolores de Pedro y a Tomasa Bañez, esta última colega por partida doble y con quien tuve mucho tiempo para discutir mi proyecto mientras recorríamos más de 150.000 kilómetros a la búsqueda del saber antropológico. Otra compañera, Julia del Carmen Chávez Carapia, de la Escuela Nacional de Trabajo Social de la Universidad Nacional Autónoma de México revisó el borrador y me hizo valiosas sugerencias. En Tarragona conocí a Antonio Lasala, compañero de promoción, con quien durante los años de doctorado compartimos muchas horas juntos, muchas tertulias y discusiones sobre todo lo divino y lo humano de la Antropología y de lo que no es Antropología. También, cómo no, sobre nuestros respectivos proyectos de investigación. Por último, y no por ello menos importante, la ayuda prestada por los bibliotecarios de mi Centro, la Escuela Universitaria de la Universidad de Zaragoza, Jesús Gracia Ostariz y José Luis Valdezate González, resultó decisiva. Cuanto más difícil era el reto que les ponía más esfuerzo e interés dedicaban y por ello alguno de los méritos de este trabajo les corresponde a ellos en exclusiva. Como es obvio y por ello no haría falta mencionarlo, las imperfecciones y los puntos débiles de estas páginas son de mi exclusiva responsabilidad.